

8º Congreso Argentino y 3º Latinoamericano de Ed. Física y Ciencias

Autor: Gambarotta, Emiliano Matías

Pertenencia Institucional: CIMeCS-UNLP/CONICET

Correo electrónico: emilianogambarotta@yahoo.com.ar

Título: La dialéctica aporética entre sí mismo y cuerpo. La dominación de la naturaleza interior en la perspectiva de Horkheimer y Adorno

Palabras clave: dialéctica – aporía – cuerpo – Horkheimer – Adorno

La intención de este trabajo es abordar la temática del cuerpo desde una perspectiva que, por un lado, la sitúe como una problemática que se inscribe en la larga discusión en torno a la relación sujeto-objeto y, por el otro lado, permita aprehender la particular (auto)dominación que se ejerce sobre esa dimensión de la “naturaleza interior” del ser humano, una de las manifestaciones más capilares de la misma. Un ejercicio de dominación que no sólo tiene consecuencias en el plano cognoscitivo (en el ámbito del saber), sino que también tiene un impacto directo en la forma en que la sociedad se da un orden a sí misma, en la dimensión de *lo* político (ámbito del poder). Es con este objetivo que indagaremos la lógica relacional que entraña la dialéctica de la ilustración –tal y como ésta es presentada por Horkheimer y Adorno–, enfocando nuestras lentes conceptuales en la singular relación que allí se establece entre sí mismo y cuerpo.

Mucha de la bibliografía específica, señala como el proceso ilustrado, según lo estudian Horkheimer y Adorno, acarrea una radical cosificación de los seres humanos, quienes al introyectar la dominación dirigida a su propio ser hacen interna, junto con ella, la división sujeto-objeto; la cual ya no es sólo la apariencia de una tajante separación entre el ser humano y la naturaleza externa, sino también la de la escisión entre un sí mismo y la naturaleza interna a ser dominada. La contracara de este proceso de represión de los impulsos es la constitución de un sí mismo vacío de todo signo natural, abstraído de toda particularidad cualitativa que sea opuesta a la lógica abstracta a través de la cual se desencanta al mundo para así conocerlo y dominarlo.

Sin embargo, uno de los núcleos de la ilustración, de aquellos que hacen de ella una *dialéctica* y no solamente un *proceso*, lo hallamos en que el progresivo

dominio del cuerpo es *a la vez* el itinerario de emergencia del sí mismo de la naturaleza indiferenciada. Frente a los dioses, imagen mítica de los poderes de una naturaleza extraña y que se teme, “permanece sólo quien se somete sin reservas. El despertar del sujeto se paga con el reconocimiento del poder en cuanto principio de todas las relaciones” (Horkheimer y Adorno, 2001: 64). Sobre esta base podemos pensar que, para estos autores, el poder tiene también un carácter “positivo”, su ejercicio no es mera “negatividad”, destrucción de aquello que toca, sino también que hay allí un rasgo al menos posibilitador del surgimiento de algo nuevo, diferente al cíclico movimiento de la naturaleza¹. Es a través del ejercicio de la violencia contra la naturaleza que se hace posible la separación e identificación del individuo, esa particular entidad histórica que se caracteriza por “la consciencia de su propia individualidad como ser humano consciente, proceso del que forma parte el conocimiento de su identidad” (Horkheimer, 1969: 138). Erigiéndose éste, en gran medida, gracias a la oposición a ese otro que es la naturaleza, oposición a partir de la cual puede reconocerse como un yo; identidad del sí mismo para consigo cuya existencia entonces le es arrancada a la naturaleza a un enorme precio. De allí que “la humanidad ha[ya] debido someterse a cosas terribles hasta constituirse el *sí mismo*, el carácter idéntico, instrumental y viril del hombre, y algo de ello se repite en cada infancia” (Horkheimer y Adorno, 2001: 86).

Este recorrido del sí mismo, que se constituye como tal en su alejarse de la naturaleza, oponiéndose a ella y dominándola a través de un conocimiento que es poder, es lo que Horkheimer y Adorno encuentran en su análisis de ese material cultural fundante de la civilización occidental: la *Odisea*. Ya allí puede encontrarse el testimonio de la dialéctica de la ilustración; pues “la odisea desde Troya hasta Ítaca es el itinerario del *sí mismo* [...] a través de los mitos” (Horkheimer y Adorno, 2001: 100). A los cuales Odiseo vence, dominando así a la naturaleza externa, y el órgano que le da su triunfo es su astucia –esa forma de la racionalidad en un mundo en que aun imperan los dioses míticos–, que le

¹ Se evidencian las cercanías entre estas afirmaciones y el pensamiento de Foucault, probablemente porque en ambos casos se abreva de la fuente nietzscheana; sin embargo no son muchos los estudios dedicados a la investigación de esta relación. El lector interesado puede consultar uno de los pocos (y por cierto muy interesante) escritos sobre el tema en Leroux, 2006.

exige mantener sus pasiones sujetadas. Vence a las sirenas, mas al precio de atarse para evitar la caída en un placer desracionalizado.

Vemos como el proceso de emergencia del sí mismo entraña una dominación de la naturaleza que apunta a “desencantarla”, eliminando a los dioses y las cualidades que hay en ella con la abstracción como instrumento. Mas dicha naturaleza no es sólo externa al individuo sino también una dimensión constitutiva de él; es decir que su surgimiento conlleva su (auto)destrucción, ya que el acto de afirmarse como distinto de la anónima y cíclica naturaleza implica negar lo natural en él, disolver las particularidades cualitativas que lo hacen único, erigiendo un yo abstracto tan pasional y singular como un número. Con la pérdida de aquello que lo distinguía, el sí mismo es reabsorbido por la naturaleza de la que pretendía escapar.

La razón instrumental es el órgano a través del cual los seres humanos aseguran su autoconservación; es siguiendo sus “consejos” que ellos atan las pasiones contrarias a la conservación de la sociedad de la que depende su vida. La racionalidad de su actuar es la que posibilita la emergencia de la identidad del individuo *a la vez* que produce la identificación por la cual lo distinto es igualado. Éste es el movimiento dialéctico intrínseco a la ilustración, ella contiene la lógica relacional que posibilita la emergencia de la diferencia y *al mismo tiempo* posee la lógica relacional que impulsa la equiparación de lo distinto; la identidad del yo culmina en “la identidad de todo con todo [que] se paga al precio de que nada puede ya ser idéntico consigo mismo” (Horkheimer y Adorno, 2001: 67).

Este recorrido apenas esbozado, nos ha permitido iluminar una tensión entre lógicas relacionales opuestas que parecieran tender a eliminarse la una a la otra; pero, adentrándonos en el particular entramado conceptual tejido por Horkheimer y Adorno, hemos visto que no sólo son opuestas sino que es a través de esa oposición que una lleva a la otra y viceversa. A lo cual se agrega que ambas o, mejor dicho, que la tensa contradicción entre tales lógicas relacionales, tiene consecuencias fundamentales en el ordenamiento que la sociedad se da a sí misma, es decir en el ámbito de lo político. Pues la

problemática del vínculo entre sí mismo y cuerpo constituye una de las manifestaciones de la escisión entre sujeto y objeto quizás la más profunda, quizás la que está en la génesis misma (reproducida en cada ontogénesis) de ella. En ésta el cuerpo del individuo se torna un objeto más en el mundo de los objetos, produciendo una profunda cosificación del ser humano, que toma una dimensión de su propio ser como un ente natural que debe dominar. Siendo este proceso de escisión –con el contundente ejercicio de violencia que entraña– condición de posibilidad de la emergencia del sí mismo, del surgimiento de la diferencia. En efecto, en la imagen de una pura naturaleza no hay más que la ausencia de toda forma de consciencia. No hay allí escisión alguna, pero tampoco posibilidad de una distinción, de que algo se destaque como singular frente al gran fondo anónimo de la naturaleza y, más aun, de que sea consciente de su singularidad, que sea individuo.

La violencia que éste ejerce sobre la naturaleza rompe el fondo siempre igual que ella presenta; en este sentido es fundamento de la emergencia de lo particular y, sobre todo, de la mera posibilidad de una *apertura* sobre el *cerrado* movimiento cíclico de la naturaleza mitológica. Frente a lo anónimo posibilita el surgimiento del nombre propio, frente a reiteración de lo mismo el cambio. Y semejante ejercicio de dominación busca, *a la vez*, eliminar esa novedad que al producir algo distinto a lo existente introduce lo desconocido, fuente del temor contra el que se alza la ilustración y su razón reducida a elemento abstracto y abstrayente. Abertura a lo distinto y al cambio que rompe el orden cerrado de lo previsible, de lo que se ajusta a las pautas que rigen una sociedad que se aparece a sus productores como una segunda naturaleza gobernada por leyes ajenas e inmutables. Es esa posibilidad de apertura, de “des-orden”, la que debe ser eliminada; en definitiva la posibilidad de una exterioridad al totalitario sistema de la autoconservación radical.

Es por ello que la razón propia de la ilustración es una razón ordenadora, ya que ella instaaura con su dominación un orden en aquello que amenaza con su completa ausencia de forma; frente al $\chi\acute{o}\varsigma$, pura apertura a lo nuevo, esta razón busca establecer una completa previsibilidad, cuya imagen perfecta es la del ciclo que encadena los mismos acontecimientos siempre de la misma

manera. Un orden que es mantenimiento de la sociedad y, como tal, necesario para la vida del individuo que no podría sobrevivir sólo; es justamente por ello que resulta “racional” atar las propias pasiones en pos de la conservación de ese orden del cual depende nuestra autoconservación. Sin embargo el despliegue de esta razón ordenadora lleva a que la particular forma que ha adoptado el entramado relacional actual, se le presente a los individuos como una segunda naturaleza a la cual deben adaptarse; diluyéndose así la dimensión subjetiva de su ser, identificada con un mundo de objetos todos iguales entre sí.

Es a partir de todo esto que entendemos a la dialéctica de la ilustración como un proceso que permite la emergencia del sí mismo a través de la dominación de la naturaleza que es *a la vez* liquidación de ese sí mismo a manos de la naturaleza. La lógica relacional que genera la abertura para la emergencia de la individualidad y de su capacidad de producir algo cualitativamente distinto, también produce el cierre totalitario que devora toda particularidad cualitativa en pos de la instauración de un orden completamente previsible y calculable. La ilustración entraña una dialéctica que no se supera a sí misma, que es *a la vez* productiva y destructiva, siendo éste el estilo de su movimiento; es decir: *una dialéctica aporética*.

Frente a lo desconocido, lo nuevo con toda la incertidumbre que ello implica, la razón ilustrada apuesta a la dominación de la naturaleza en nosotros y en los otros; ya que el quiebre de las reglas que rigen la segunda naturaleza, fuente de certeza y de seguridad, despertará el temor de aquellos radicalmente “civilizados” que tenderán a responder con una particular intensidad agresiva frente a eso que perciben como una amenaza. Pues entraña una relativización de un sistema que cuanto más cerrado sobre sí mismo se torna, cuanto más inaceptable le resulta la mera idea de una exterioridad, es decir: cuanto más totalitario se vuelve, tanto menos puede tolerar la posibilidad de una abertura hacia lo distinto. *A la vez que* allana el camino para semejante “abertura” al permitir la emergencia del sí mismo, de lo particular que se diferencia del anónimo fondo de la naturaleza. Más aun, lo que posibilita es, por un lado, el surgimiento no de uno sino de una pluralidad de sí mismos y, por el otro, la

constitución del espacio en que ellos tejen un denso conjunto de relaciones entre sí, urdiendo así la compleja trama de lo social. Pluralidad de particularidades que tienen una pluralidad de interrelaciones; el cierre sobre lo existente abre el camino hacia lo nuevo.

Se manifiesta así como la escisión sujeto-objeto y su manifestación en la separación sí mismo-cuerpo, con las tensiones que ella implica, es en definitiva una problemática con consecuencias fundamentales para el ordenamiento político de la sociedad; ya que la relación dialéctica que se pone allí en juego, es uno de los momentos a través de los que la acción humana reproduce o transforma la sociedad. Dialéctica que nos permite ver que el intento constante por eliminar la naturaleza es también el señalamiento de la imposibilidad de dicha tarea, del fracaso al que está destinado el esfuerzo por borrar completamente las pasiones de la cotidianeidad humana, su "animalidad". Pues todo intento de completa clausura del sistema no puede ser más que eso, un intento.

Vemos el carácter aporético de esta dialéctica relacional. Ya que no tendría sentido alguno pensar en la superación de la tensión a partir de una primacía de lo corporal, en la que lo natural borre al sí mismo; pues estaríamos en un escenario anterior a la emergencia del yo, signado por la cíclica repetición de una anónima naturaleza. Pero tampoco tendría sentido esperar dicha superación de un completo dominio del sí mismo, dado que ello conduce a su eliminación, al reducirlo a mera adaptación a la segunda naturaleza. Ni siquiera una suerte de reconciliación entre ambos parecería acercarnos a la búsqueda superación, pues no estaríamos más que ante una unificación mística que borraría las particularidades de cada una de las dimensiones en una supuesta unidad. Es en este sentido que tal vez el camino esté en dejar de buscar alguna forma de superación integradora, pensar esta problemática en su compleja relación dialéctica, manteniendo la tensión que generan procesos cuyos sentidos son opuestos: la aporía de esa dialéctica. Concebir a ambos términos en su "ambigüedad", en la adherencia (más que unidad) que vincula a estos opuestos; la cual nos conduce del sí mismo al cuerpo y del cuerpo al sí mismo, en una relación que cabe llamar de "reversibilidad". Quizás haya que

repensar esta problemática agregando a nuestras reflexiones la perspectiva desarrollada por Merleau-Ponty; pero esa es ya tarea para futuros trabajos.

Bibliografía consultada

_ Horkheimer, M., (1998): "Autoridad y familia". En *Teoría crítica*. Amorrortu, Buenos Aires.

_ Horkheimer, M., (2000): "Razón y autoconservación". En *Teoría tradicional y teoría crítica*. Ediciones Paidós e I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.

_ Horkheimer, M., (1969): *Crítica de la razón instrumental*. Editorial Sur, Buenos Aires.

_ Horkheimer, M. y Adorno, Th. W., (2001) *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Editorial Trotta, Madrid.

_ Leroux, H., (2006): "Foucault y la escuela de Frankfurt". En Blanc, A. y Vincent, J.-M.(comp.): *La recepción de la escuela de Frankfurt*, Nueva Visión, Buenos Aires.